LA ESTRELLA QUE NUNCA EXISTIÓ. UNA EXIGENCIA PROFÉTICA FORZÓ A SITUAR EL NACIMIENTO DEL MESÍAS EN BELÉN DE JUDÁ

Josep Emili Arias

cel_ras@hotmail.com

No hubo Estrella de Belén, ni Magos, ni la Matanza de inocentes. Todo fue un propósito para satisfacer una exigencia mesiánica ya profetizada en el AT. Los evangelistas Mateo y Lucas, muy condicionados por esta profecía de Miqueas, novelaron tramas muy distintas con el único fin de situar el nacimiento del Mesías en Belén de Judá, la que era conocida como patria del rey David.

Resumen

No hubo Estrella de Belén, ni Magos, ni la Matanza de inocentes. Todo fue un propósito para satisfacer una exigencia mesiánica ya profetizada en el AT. Los evangelistas Mateo y Lucas, muy condicionados por esta profecía de Miqueas, novelaron tramas muy distintas con el único fin de situar el nacimiento del Mesías en Belén de Judá, la que era conocida como patria del rey David. En el suntuoso relato mateano ninguna hipótesis astronómica resuelve satisfactoriamente la inverosímil movilidad de una estrella que sólo vislumbran unos magos de oriente: «…, y la estrella, que habían visto en Oriente, iba delante de ellos, hasta que fue a posarse sobre el lugar donde estaba el niño» (Mt 2, 9).

Excesivo intrusismo científico

Cierto es, que estos dos capítulos evangélicos de Mateo y Lucas, únicos Evangelios canónicos que narran la Natividad e infancia de Jesús, no superan el método histórico-crítico. Ya que como todos los textos bíblicos son narraciones con la única intencionalidad de adoctrinar al creyente, donde el rigor histórico y temporal (incluso geográfico) resulta marginal y en ocasiones errado y anacrónico. Tal es la exigua datación temporal que ni siquiera el año de mayor solemnidad e identidad para el cristianismo -año de la crucifixión y de la (supuesta) resurrección de Jesús-, en ningún documento neotestamentario se tuvo la deferencia de referenciar-se, ni en la cronología del calendario siriaco, ni sobre el computo romano AUC (*Ad urbe condita*).

El astrónomo Johannes Kepler, en 1614, fue el primero en buscar una respuesta metodológica sobre cuál sería el objeto cósmico que cautivó y guió a estos magos de oriente en el relato de la Natividad de Mateo. Para Kepler hubo pocas dudas, fue la triple conjunción de Júpiter-Saturno (en *Piscis*) del año 7 a.C. También, en nuestro reciente s. XX, muchos reputados astrofísicos y divulgadores dieron su propia respuesta lógica y racional con la que identificar al mayor mito celeste, la Estrella de Belén y sus magos de Oriente. Nombres como David Hughes, Michael R. Molnar, Roger Sinnott, Mark Kidger, Isaac Asimov y Carl Sagan, todos ellos partieron dando premisa de veracidad a la narración de Mateo, creando un sinfín de hipótesis astronómicas.

Desde conjunciones planetarias, supernovas y hasta movimientos retrógrados de planetas. Siempre obligados a justificar un fenómeno cósmico natural. Sólo Asimov, entre sus nueve alternativas expuestas, llegó a considerar a esta Estrella celeste de «señal milagrosa y divina», que no material, dentro de su obra *La estrella de Belén y otros ensayos científicos* (1983). Razón no le faltaba, puesto que si bien se le concedía veracidad al relato grandilocuente de Mateo, entonces, por qué no hacer otro acto de fe y considerar a esta Estrella como una entidad sobrenatural, divina y milagrosa, y no de naturaleza cósmica.

Es un error partir con el planteamiento de, ¿qué pudo ser esa Estrella que vieron esos magos de oriente?, pues estamos otorgando veracidad histórica a todo el relato de Mateo «La adoración de los Magos» ya que, aquí, Estrella y Magos son conceptos inseparables (Mt 2, 2): «Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle».

Desde la condición agnos-escéptica de la ciencia resulta muy difícil entender ese obsesivo celo por resolver -desde la lógica y la razón- la más memorable señal celeste bíblica. Pero, una vez más, los credos no atienden a cuestiones de razón.

Otro intrusismo científico muy similar fue el seudodocumental llamado *El Éxodo Descodificado* (2006), realizado por S. Jacobovici y James Cameron. Aquí, con un elenco de científicos y arqueólogos se tuvo la osadía de dar una explicación racional a cada una de las diez plagas bíblicas infringidas al pueblo egipcio, con el propósito de otorgar visos de historicidad al relato bíblico del Éxodo judío. Pero olvidamos que los «milagros» o «designios divinos» son un recurso literario doctrinal, más competencia de la teología que de la razón.

Había que satisfacer una exigencia profética del AT

Aquí se expone otra muy distinta línea de investigación donde toda esta narración de la grandilocuente Estrella de Belén queda desestimada como suceso real, episodio sólo narrado por el evangelista Mateo[1].

Como hipótesis más simple y económica, todo respondería al imaginario creativo y literario del propio Mateo bajo la necesidad de enfatizar que Jesús era el auténtico Mesías que esperaba el pueblo de Israel ya que cumplía con aquel requisito mesiánico -tan profetizado en el Antiguo Testamento (AT)-, donde la profecía de Miqueas vaticina que el Mesías tenía que nacer en la ciudad davídica de Belén de Judá.

Pero ya a finales del s. XVIII, fueron los Enciclopedista de la Ilustración francesa los primeros en cuestionar el lugar del nacimiento de Jesús, el llamado Jesucristo.

Para poner luz a esta incógnita que tanto se remonta en el tiempo muchos estudiosos de la cristología consideran primordial que en la lectura de los textos neotestamentarios disociemos el ente o persona de Jesús, la del Jesús divino, teológico, simbólico y litúrgico, y la de aquél Jesús histórico que como persona física vivió entre humanos.

El método histórico-crítico no conoce dogmas preestablecidos, ¿por qué al relato tan grandilocuente de la Natividad de Mateo hay que otorgarle premisa de veracidad?. Cuando Mateo nos narra (Mt 2, 2-3): «"Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle". Al oír esto el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él», en estos versículos advertimos que toda la ciudad de Jerusalén quedó aturdida y asombrada y, luego, transcurren ocho décadas sin que se acredite ninguna otra referencia de tal asombroso hecho, hasta que un publicano recaudador de impuestos (Mateo) es el único capaz de recordar aquel extraordinario acontecimiento e inmortalizar-lo en su Evangelio. Algo no cuadra en esta redacción evangélica de Mateo. Evangelio que según la

"San Mateo y el ángel", De Caravaggio (1602). Imagen muy metafórica que alude a la inspiración divina del evangelista Mateo. La figura del ángel, como sugiriéndole qué enfatizar y qué obviar en la redacción evangélica.

mayoría de especialistas contemporáneos fue compuesto entre los años 80 y 90 del s. I. (Imagen 1)

La Matanza de los inocentes

El 2º capítulo de Mateo es todo un auténtico *thriller*, arranca con una solemne estrella que sólo vislumbran unos magos, luego las argucias palaciegas del rey Herodes, el suspense en la batida y persecución al bebé Mesías, la angustia por la Matanza de inocentes y la apremiante escapada a Egipto de la sagrada familia.

La valoración histórica de este 2º capítulo de Mateo es exigua e inconsistente. Esta supuesta Matanza de los inocentes (bebés varones) sólo es enunciada en el Evangelio de Mateo y en el Protoevangelio de Santiago[1], un apócrifo tardío de finales s. II. ¿Por qué este hecho tan execrable no transcendió en ninguna crónica extrabíblica de la época?. El historiador y cronista judío Flavio Josefo (37-101), un cuasi coetáneo de Jesús de Nazaret, fue un versado biógrafo de la vida del rey Herodes el Grande y su dinastía. En su compendio de *Antigüedades judías* narró todas las tropelías cometidas por este sádico rey de Judea, tanto las infringidas en su propia familia como a su plebe. En *Antigüedades judías* (*XVIII, v, 2*) Flavio Josefo nos narra el encarcelamiento y la ejecución de Juan el Bautista por orden de Herodes Antipas, muy acorde a como también lo narran los tres Evangelios sinópticos, entonces ¿por qué el cronista F. Josefo (contemporáneo de Mateo) no recopiló también la tal infame Matanza de bebés inocentes?.

Lucas desconoce todo esto. En los versículos de Lc 23, 8-10, cuando -el ya inculpado- Jesús es presentado e interrogado por el tetrarca Antipas (hijo de Herodes el Grande) «que en aquellos días estaba en Jerusalén», vemos que Antipas y todo su séquito sólo conocen a Jesús de Nazaret por las referencias de ser una persona admirada por sus milagros y sanaciones, «porque había oído hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro». Nadie en este interrogatorio es capaz de advertir en la persona de Jesús aquél bebé Mesías a quien el rey Herodes (su padre), poco tiempo antes de fallecer, mandó matar. Ni siquiera, aquí, Herodes Antipas es capaz de recordar aquella supuesta Matanza de inocentes ordenada por su padre, unos pocos años antes de adquirir la tetrarquía de Galilea y Perea.

Imprescindible su genealogía davídica y su Natividad en Belén

En consideración de Raymond Edward Brown, el gran exégeta bíblico especialista en la infancia de Jesús, en la Introducción de su libro *El nacimiento del Mesías*[2], ya advierte en Mateo y Lucas una evidente necesidad intrínseca de legitimar la mesianidad de Jesús acreditando su nacimiento en Belén de Judá, expone: «Más plausible resulta la sugerencia de que el relato del nacimiento de Jesús en Belén pretendía ser una respuesta [dar complacencia] al judaísmo, que no creía en un Mesías procedente de Galilea (Jn 7, 41-42. 52). Si el judaísmo comenzaba ya a acusar a Jesús de ilegitimidad [mesiánica] …» (Brown, 1982: 23).

Para el judaísmo de la época era inaceptable que el esperado Mesías naciese en la comarca de Galilea, en la conocida como «la tierra de los gentiles», de gran influencia pagana y politeístas. Algo capital motivó a Mateo y Lucas a introducir en sus respectivos evangelios los dos capítulos concernientes a la genealogía de Jesús y a su Nacimiento (o Natividad) en Belén. También a Brown le suscita esta cuestión: «…, ¿por qué Mateo y Lucas sintieron la necesidad de poner un prologo al bautismo [al Ministerio público de Jesús] con dos capítulos relativos a la infancia?» (*Ídem*).

Para el evangelista Mateo, al igual que Lucas, el propósito de introducir en sus evangelios los pasajes de la Natividad e infancia de Jesús fue para demostrar al judaísmo ortodoxo que Jesús era el auténtico Mesías, aquél que anunciaron los clarividentes profetas de la Sagradas Escrituras (AT), como «el verdadero Hijo de Dios», el «Ungido Mesías» que esperaba el pueblo de Israel.

En el entorno del s. I y II el pueblo judío estuvo muy ofuscado en dos inminentes venidas, ésta del Ungido Mesías y otra siguiente e inminente predicha como la «segunda venida del Hijo del hombre», referenciada como la del Juicio Final (Mt 24, 34) y que también queda muy descrita en el libro del *Apocalipsis*.

Ya en siglos anteriores, VIII a.C., los oráculos proféticos de las Sagradas Escrituras dejaron inscritos dos requisitos dogmáticos que debía cumplir el Ungido-Mesías. El primer requisito era que el Mesías tenía que ser descendiente de la estirpe de David, como bien lo expresó Yahvé por boca del profeta Natán en el Libro 2do de Samuel 7, 4-16, donde Dios promete al rey David que el reino de Jerusalén siempre estará gobernado por descendencia suya. Bien que lo recalca Lucas (Lc 2, 4): «…, por ser él [su padre José] de la casa y familia de David». El segundo requisito para reconocer al verdadero Mesías era que éste tenía que nacer en Belén de Judá, la ciudad de rey David, satisfaciendo así la archiconocida profecía del profeta Miqueas (Miq 5, 1): «"Y tú, Belén, tierra de Judá, /…/, porque de ti saldrá un caudillo que regirá a mi pueblo Israel"».

Pero estas dos premisas mesiánicas son recusadas y denegadas en la persona de Jesús (Jesucristo) por los propios judíos, según nos narra el evangelista Juan en su pasaje -Nueva discusión sobre el origen de Cristo-, donde los judíos discrepan de la autenticidad y origen mesiánico de Jesús (Jn 7, 41-42): «Y otros decían: "Este es el Cristo". Otros, por el contrario replicaban: "¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo?, ¿No dice la Escritura que el Cristo vendrá de la estirpe de David y de Belén, el pueblo donde nació el rey David?"». Al final del capítulo unos fariseos interpelan a su líder Nicodemo (Jn 7, 52): «"Investiga [en las Escrituras] y verás que de Galilea no sale ningún profeta"». Indiscutiblemente, el pueblo judío daba por hecho (nadie se lo desmiente) de que Jesús, «el hijo de María y de José el artesano», era nacido en Galilea, en la aldea de Nazaret, y no en la ciudad davídica de Belén de Judea.

De ahí, que estos relatos de la Natividad e infancia de Jesús narrados por Mateo y Lucas responderían a piadosas interpolaciones añadidas para complacer a la ortodoxa feligresía judía. Puesto que para el judaísmo de la época era una provocación y un escándalo que el Mesías hubiese nacido en esa denostada alquería de Nazaret. Como bien lo describe Natanael cuando alude a Jesús, en Jn 1, 46: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?».

Sólo los evangelistas Mateo y Lucas mencionan estos relatos de la Natividad y su infancia en Belén, todos los demás textos neotestamentarios ignoran y desconocen tales relatos, como los Evangelios de Marcos y de Juan, *Hechos,* todas las *Cartas* de san Pablo y el *Apocalipsis*. Es más, resulta curioso que cuando el evangelista Lucas redacta su segundo y más tardío tratado neotestamentario bajo el nombre de *Hechos de los Apostoles*[3], aquí, Lucas ya no apostilla ni argumenta aquel obligado y necesario origen betlemita de Jesús, omitiendo toda referencia a su infancia.

Marcos y Juan ignoran todos estos relatos del Nacimiento e infancia de Jesús, arrancan sus evangelios en un mismo tiempo y espacio, en el entorno del río Jordán, en el encuentro bautismal de Juan el Bautista con Jesús. Enclave geográfico donde todos los Evangelios canónicos vienen a situar el inicio del Ministerio público de Jesús, como bien nos dice Marcos en su 1er capítulo (Mc 1, 9): «Y sucedió en aquellos días que vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán».

Los evangelistas Marcos y Juan no sienten ninguna necesidad -ni razón- en validar la genealogía davídica de Jesús y menos el tal supuesto origen betlemita, ya que sus evangelios van destinados a entornos extramuros del judaísmo. Por su léxico y la tipología de términos podemos decir que el Evangelio de Marcos va destinado a captar paganos, a los nuevos cristianos venidos del paganismo -no a los judeocristianos-, y también a muchos gentiles de influencia helenistas, para nada familiarizados con el arameo ni el hebreo. También el evangelista Juan compone y dirige su Evangelio -escrito en *koiné* una variante de lengua griega- a comunidades ya cristianas y a iniciadas comunidades catecúmenas; sin embargo, muchas de estas comunidades de influencia helenista eran también conocedoras de la cultura y tradiciones judías. Juan acentúa mucho las festividades judías.

Por el contrario, Mateo y Lucas redactan y destinan sus evangelios a adoctrinar y predicar a los potenciales cristianos venidos del judaísmo ortodoxo (fariseos, saduceos, esenios, zelotas) muy observantes de las Escrituras Sagradas (AT) y estrictos practicantes de la tradición judía, de ahí, que a Mateo y Lucas les era imperati-

vo legitimar que Jesús era el auténtico y profetizado Mesías que esperaba el pueblo de Israel y, para ello, introdujeron en los primeros capítulos de sus evangelios la genealogía davídica de Jesús y la escenificación de la Natividad en Belén. Y, así, satisfacían estas dos exigencias mesiánicas tan profetizadas por el judaísmo. Era una forma de reclutar y conquistar a nuevos judíos y de acrecentar la fe en los judíos ya cristianizados. El judaísmo siempre hizo una exaltada y fanática custodia de las Sagradas Escrituras y de sus revelaciones proféticas. Estos cristianos procedentes del judaísmo no iban a tolerar un Mesías nacido fuera de Belén de Judá.

Los textos evangélicos de su vida pública sitúan su origen en Nazaret

Los cuatro Evangelios canónicos -narrando la vida pública de Jesús- son unánimes y concluyentes en manifestar que el pueblo judío tenía bien asumido que Jesús era nacido en Nazaret de Galilea.

El Evangelio de Juan (no sinóptico) es considerado el más independiente y singular -el menos contaminado de otras fuentes-, aquí se nos narra como los judíos no quieren reconocer a Jesús como el auténtico Cristo-Mesías porque era *vox populi* que había nacido en la estigmatizada aldea de Nazaret, en la provincia de Galilea «esa tierra de gentiles y paganos», y esto provocaba escándalo y controversia dentro del judaísmo e incertidumbre en los nuevos judíos cristianizados.

En los versículos de Jn 1, 45-46 sitúan, de manera irrefutable, su origen en Nazaret, cuando dice: «"Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas: es Jesús de Nazaret, el hijo de José". Y le respondió Natanael: "De Nazaret, ¿de allí, puede salir algo bueno?"».

Más adelante, en el 7º capítulo, -Nueva discusión sobre el origen de Cristo-, en un diálogo crispado entre judíos, el evangelista Juan vuelve a enfatizar que Jesús era natural y oriundo de la provincia de Galilea (Jn 7, 41-43, 52): «Otros decían: "Este es el Cristo". En cambio, otros replicaban: "¿Acaso viene de Galilea el Cristo?. ¿No dice la Escritura que el Cristo vendrá de la estirpe de David y de Belén, el pueblo de donde era David?" /…/. Ellos le respondieron [a Nicodemo]: "Estudia [las Escrituras] y verás que de Galilea no sale ningún profeta"». Las gentes coetáneas y cercanas a Jesús siempre manifestaron el convencimiento de que su origen era galileo, de la aldea de Nazaret.

Para el evangelista Marcos desde sus primeros versículos da a entender que la procedencia de Jesús es de Nazaret (Mc 1, 9): «Y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan [el Bautista] en el Jordán». Aquí, Marcos al inicio de su evangelio no dice otra ciudad de origen que no fuera Nazaret.

Mucha atención a lo que narra el evangelista Mateo al final de su 13º capítulo bajo el epígrafe, -Jesús rechazado en Nazaret-, (idénticos versículos en Mc 6, 1-6) donde el mismo Jesús sitúa su origen en Nazaret (Mt 13, 53-57): «Y sucedió que, cuando acabó Jesús estas parábolas, partió de allí. Viniendo a su patria [Nazaret], les enseñaba… //. Y se escandalizaban de él. Mas Jesús les dijo: "Un profeta sólo es despreciado en su patria y en su casa"». Aquí Mateo, ya ha olvidado aquel necesario origen betlemita de Jesús. El uso de este vocablo «patria», viene del griego *patris*, que significa la tierra o pueblo natal.

Además, que en todos los pasajes neotestamentarios todo el mundo lo conoce y lo llama con el apelativo de Jesús "de Nazaret" o por el gentilicio Jesús "Nazareno" (que no *nazareo* de la secta judía). En toda la Biblia cuando después del nombre se menciona una población ésta siempre identifica su lugar de nacimiento. En el NT se habla de Pablo de Tarso, José de Arimatea, Lázaro de Betania. Pero jamás en ningún texto neotestamentario Jesús es nombrado como Jesús "el Betlemita", Jesús "de Belén", ni tan siquiera Jesús "de Judá" (Judea). Si bien, en los textos veterotestamentarios sí fue utilizado el tal gentilicio toponímico de "Betlemita" y bien lo vemos en 1er Libro de Samuel a lo largo de los capítulos 16º y 17º, donde al padre del rey David se le llama Isaí "(el) Betlemita", por ser natural de Belén.

Es más, aunque Mateo y Lucas por exigencia profética situaron el Nacimiento en la legendaria y davídica ciudad de Belén, cuando éstos presentan a Jesús en su

vida pública cambian el sermón de una forma radical y al nombre de Jesús también le añaden el apelativo "de Nazaret" o su gentilicio "Nazareno", y también lo citan con el otro gentilicio de, Jesús "el Galileo".

Así de contundente es Mateo en su pasaje de la -Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén-, donde nos narra como toda la *vox populi* de Jerusalén es unánime en señalar -sin desmentido alguno- el lugar de origen de Jesús (Mt 21, 11): «…, toda la ciudad se conmovió y decían: "¿Quién es éste?". Y las multitudes respondían: "Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea"». Por tanto, si hubiese nacido en Belén, a tan sólo 9 Km de Jerusalén, ¿por qué nadie lo recuerda, lo reconoce y lo proclama como Jesús "el profeta de Belén de Judá", o bien, Jesús "el profeta de la ciudad del rey David"?.

Hasta la misma autoridad romana reconoce que Jesús era de origen galileo, como vemos en Lucas 23, 6-7: «Al oír esto, Pilato preguntó si aquél hombre era galileo; y al asegurarse de que era de la jurisdicción de Herodes, se lo envió a éste, porque Herodes estaba también en Jerusalén por aquellos días». Estos versículos aluden al tetrarca Herodes Antipas. ¡¡Vaya!!, aquí a Lucas ya se le ha olvidado que Jesús era natural de Belén de Judea.

También Mateo, en la -Triple negación de Pedro- enfatiza su origen galileo, que no de Judea, (Mt 26, 69): «Se le acercó una criada y le dijo: "Tú también estabas con Jesús, el Galileo"».

Por último el mismo Jesucristo, ya resucitado, también (él) se reconoce como oriundo de Nazaret al manifestar-se le a Pablo de Tarso, cuando en *Hechos de los Apóstoles* (Hch 22, 8), dice Pablo: «¿Quién eres, Señor?. Y él me contestó: "Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues"».

Teoría de las dos fuentes

Para la gran mayoría de expertos bíblicos resulta evidente que Mateo y Lucas compusieron sus textos evangélicos utilizando -ambos- dos fuentes comunes, el Evangelio de Marcos como primer evangelio constituido (60-70 d.C.) y la llamada fuente "Q" [4]que debió contener un hipotético compendio de dichos y citas de Jesús que arrancan desde su vida adulta o pública. Pero ni la fuente "Q" ni el Evangelio de Marcos no mencionan ningún aspecto del Nacimiento ni de la infancia de Jesús. Tal información es inexistente.

Por tanto, Mateo y Lucas obligados a asentir con el dogma profético de situar el Nacimiento en Belén amañaron, cada uno por su cuenta, dos tramas muy distintas. Todo ello lleva a deducir que ambos capítulos de la Natividad e infancia de Jesús fueron fruto de la creatividad y del imaginario de sus propios redactores, e incorporados a sus respectivos evangelios como interpolaciones piadosas.

La versión mateana y la lucana divergen

Validando la teoría de las dos fuentes, conviene dejar claro que Mateo y Lucas no mantuvieron ningún conocimiento recíproco de sus evangelios. Además, es notorio que en estas dos versiones sobre los relatos de la infancia de Jesús ambos autores divergen mucho entre sí, e incluso resultan contradictorios. Sólo convergen en un fin común e ineludible, situar el alumbramiento del Mesías/Jesús en Belén de Judá. Mateo nos presenta el nacimiento de Jesús en Belén porque los cónyuges (María y José) tenían allí su residencia habitual, (Mt 2, 11): «Y entrando en la casa vieron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron; /…/, y le ofrecieron oro, incienso y mirra».

Por el contrario Lucas desplaza hacia Belén a José y María, ambos residentes en Nazaret, con la coartada de cumplimentar el censo padrón ejecutado por Quirino quien era gobernador de la provincia de Siria (Antigua Palestina), puesto que José era oriundo de Belén. Aquí, Lucas tuvo que buscar de forma apremiante una coartada, despreciando el rigor histórico (V. infra), con el único propósito de trasladar a José y María -en avanzado estado de gestación- desde Nazaret a Belén, un viaje de 150 Km.

Al contrario que Mateo, la Natividad que nos presenta Lucas no es para nada ostentosa ni grandilocuente, aquí no hay Estrella, ni magos, ni oro, ni incienso, ni mirra. Lucas nos presenta un Nacimiento sobre un pesebre, donde denota desnudez, penuria y desdicha (Lc 2, 7):

Mateo especificó el término griego *astera* (estrella, astro). La adopción iconográfica -de cometa- responde a su difusión en la obra pictórica del Giotto "La adoración de los Reyes Magos". El pintor florentino quedó tan impactado del cometa Halley (su retorno de 1301) que lo inmortalizó en esta pintura de 1304. El Giotto no sabía de la periodicidad de este cometa Halley, ni de su paso en el año 12 a.C.

«…, y dio a luz a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo reclinó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada». (Imagen 2)

Nació en los últimos años del reinado de Herodes

La datación de la muerte del rey Herodes el Grande todos los estudios histórico-bíblicos la sitúan en el año 4 a.C., su equivalente en la cronología romana es el año 750 AUC, y que según su principal biógrafo F. Josefo aconteció entre finales de marzo y principios de abril, después de un episodio de eclipse de luna bien reseñado por Josefo.

Mateo y Lucas sitúan el nacimiento de Jesús con un desfase temporal de cómo mínimo unos 10 años. Para Mateo el Nacimiento tiene lugar viviendo aún el rey Herodes el Grande quien murió en la primavera del año 4 a.C. Si a esto añadimos el mandato del enfurecido Herodes de matar a todos los niños «de dos años para abajo», nos podemos ir al año 6 a.C. Por el contrario, Lucas sitúa el Nacimiento con la ejecución de un censo de empadronamiento general (Lc 2, 3): «Y todos fueron a inscribirse, cada uno a su ciudad», ejecutado por Sulpicio Quirino siendo gobernador de Siria.

Pero el tal censo histórico descrito por Lucas fue más tardío, tuvo lugar en el año 6 d.C.[5] (F. Josefo, *Antigüedades judías, XVII*) y siempre después de que Cesar Augusto hubo destituido al etnarca Herodes Arquelao como rey de Judea. Es más, no hubo otro censo siendo Sulpicio Quirino gobernador de la provincia de Siria (Antigua Palestina). Todo apunta a una coartada anacrónica montada por el propio Lucas, el más erudito entre los evangelistas, con el pretexto de justificar el viaje de José y María a Belén, de donde sí era natural José.

Pero haciendo prevalecer el criterio del testimonio múltiple, Mateo y Lucas sí son coincidentes en reseñar un dato histórico de gran relevancia en el momento de nacer Jesús. Tanto Mateo como Lucas sitúan el nacimiento de Jesús reinando aún el rey Herodes el Grande, esto bien lo vemos en Mt 2, 1 y en Lc 1, 5: «Hubo en tiempos del rey Herodes, rey de Judea, …». Además,

que como bien recalca Mateo (Mt 2, 19), el alumbramiento de Jesús tuvo lugar en unos años muy próximos a la muerte de Herodes el Grande. Todo ello es muy congruente con otros datos cronológicos en la vida de Jesús. Hay bastante evidencia bíblica de que Jesús nació cuando el rey Herodes el Grande estaba dando sus últimos coletazos, siempre antes del año 4 a.C.

La cuestión de Nazareno y *Nazîreo*

El gentilicio "nazareno" en la persona de Jesús de Nazaret procede exclusivamente de su topónimo natalicio. Los doctores de la teología pusieron empeño en buscarle otras alternativas, atribuyendo la existencia -en tiempos de Jesús- de una secta judía precristiana, la secta integrista de los *nazîraios* (heb), consagrada al voto del *Nazareato* (Nm 6, 1-12). Entre sus muchos preceptos estaba el de nunca beber vino, ni licores ni otra bebida fermentada. Fueron nazareos (*nazîreos*) los personajes bíblicos de Sansón, Samuel y Juan el Bautista (primo de Jesús). Aquí, nuestra RAE adopta para este vocablo bíblico los términos de "nazir" o "nazareo" (Nm 6, 13). Pero tales derivaciones léxicas hebreas de *nâzîr, nazîreo, nazôraio, nazîraeno*, no mantienen relación etimológica con las raíces toponímicas arameas de *Nazarat*, *Nazarath* y la griega *Nazará*.

Dejando aparte la interpretación de estos epítetos, los textos evangélicos son concluyentes en afirmar que Jesús nunca comulgó con ninguna secta judía, y menos con esta de los nazareos (o nazireos), como bien lo expone Lucas en Lc 7, 33, 34; como tampoco comulgó con los nacionalistas zelotas.

Los cuatro Evangelios canónicos nos muestran a un Jesús como un buen judío practicante, para nada integrista ni radical. Era un hombre cercano, de pensamiento abierto y que detestaba los fanatismos y los radicalismos, «come con los publicanos y pecadores» (Mc 2, 16); conversaba con paganos, militares romanos, gentiles, prostitutas y samaritanos/as. Es más, Jesús condenó la hipocresía de la ley del Sabbat, anteponiendo el hombre al precepto (Mc 2, 27). Y su primer milagro fue transformar seis grandes tinajas de agua en vino (Jn 2, 6-9).

Cómo iba hacer esta conversión alcohólica un nazir o nazareo.

¿Existía Nazaret en el s. I?

Indudablemente, sí. Es cierto que Nazaret era una localización ignota, minúscula y de mala fama (Jn 1, 46). Algunos autores han llegado a considerar si tal aldea o alquería pudo estar asociada a un cementerio. Lo cierto, es que no es mencionada ni una sola vez en el AT. Ni siquiera dentro del Libro de Josué (Jos 19, 10-16) del capítulo -Reparto de la tierra entre las tribus de Israel-, en lo que pretende ser el proceso de establecimiento de la tribu de Zabulón, en esa área de Galilea, se enumeran doce poblaciones y seis aldeas, pero se omite a Nazaret. En el *Talmud* cuando enumera una lista de 63 poblaciones galileas, Nazaret queda ausente. El gran cronista e historiador del s. I., Flavio Josefo, en su compendio *La guerra de los judíos* menciona 54 ciudades galileas, ignorando a Nazaret. A todo esto, añadamos que las pruebas arqueológicas de tal asentamiento son casi inexistentes.

A pesar de todo ello, el emplazamiento de Nazaret -ya fuese aldea, caserío o alquería- debió de existir en el s. I. Pues cuán inconcebible resulta que, en la 2ª mitad del s. I, los tres Evangelios sinópticos junto al más singular e independiente Evangelio de Juan y resto de fuentes orales y escritas, planificasen -todos- la creación de un nuevo y virtual emplazamiento al que llamarían Nazaret. Resulta más lógico validar el criterio del testimonio múltiple.

La profecía fingida e incoherente

Mateo al final de su 2º capítulo -Regreso a Nazaret- se ve obligado a justificar y resolver el motivo del gentilicio "Nazareno" tan arraigado al nombre de Jesús. Mateo era bien conocedor que la tradición oral y escrita expresaba -indiscutiblemente- que Jesús era de origen galileo, que no de Judea. Para el exégeta Raymond E. Brown no existe duda, expone: «De hecho, Mateo no tenía otra alternativa al describir adónde tenía que ir José [con su familia tras su salida de Egipto], ya que conocía la tradición indiscutible de que Jesús era galileo» (*Íbidem*, 221, anot. 12).

Para ello Mateo concluye su 2º capitulo amañando y

fingiendo una profecía (Mt 2, 23): «Y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo anunciado por los profetas: "Será llamado Nazareno"». Pero en ningún texto del AT existe tal enunciado profético, es más, en el AT jamás se menciona el topónimo de Nazaret y menos su gentilicio "nazareno". Y de pretender atribuírselo a la profecía de Isaías (Is. 11,1), aquí no se expresa nada que se le parezca a lo de "Será llamado Nazareno". Otra cosa es la enfermiza elucubración de algunos teólogos.

Para mayor colmo, la post-introducción tardía de los sintéticos epígrafes bíblicos titularon el final del relato mateano de la infancia de Jesús rotulándolo como, -Regreso a Nazaret-. Tal titular resulta muy coherente para el relato lucano, pero crea un gran desconcierto y perplejidad en el relato mateano. Como si se pretendiese rectificar al mismo evangelista Mateo, sugiriendo que José y María sí residían con anterioridad en Nazaret, antes del parto en Belén.

Más llamativo es el argumento que emplea Mateo al final de su 2do capítulo para resolver a qué lugar han de ir a instalarse José y su familia tras su salida de Egipto, un pretexto bastante incoherente e irreflexivo (Mt 2, 22): «Pero al oír que Arquelao reinaba en Judea, en lugar de su padre Herodes, temió ir allá; y avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea».

Poco prudentes eran estos "sueños" que asesoraron a José, puesto que no le advirtieron que en Galilea gobernaba el otro infame tirano, su hermano el tetrarca Herodes Antipas. A quien el mismo Mateo, más adelante, señala como ejecutor del decapitamiento de Juan el Bautista (Mt 14, 10). Pero Mateo no tenía otra alternativa, ahora había que situar a Jesús en Nazaret de Galilea.

Epílogo

Bajo la hipótesis de satisfacer dos ineludibles requisitos mesiánicos -bien profetizados en el AT- es por lo que Mateo y Lucas se vieron obligados a cumplimentar con tal coyuntura dogmática, introduciendo la genealogía davídica de Jesús y su Natividad en Belén de Judá; con el propósito de convencer al integrismo judaico de que Jesús era el legítimo Mesías que esperaba el pueblo de Israel. Todo ello nos lleva a desmitificar, desestimar y desmontar como posibles -hechos reales- todos los manejos de Mateo en la Natividad en Belén, con su Estrella y sus magos; y hasta ese inconexo y anacrónico censo del gobernador Quirino expuesto por Lucas (Lc 2,2). Por tanto, todo este relato tan novelado y grandilocuente que nos narra Mateo sobre la Natividad e infancia de Jesús -en especial su Estrella y sus magos- responde, según la mayoría de estudiosos paleocristianos, a una invención piadosa del propio Mateo. Como una ficción literaria, tal vez inspirada, en reminiscentes relatos de analogía veterotestamentaria.

La propia lectura de muchos de los pasajes neotestamentarios nos invita a discernir -sin prejuicios preestablecidos- la existencia de una dualidad cristológica, la del solemne Jesús teológico/litúrgico y la de aquel modesto Jesús histórico y humano, nacido en una insignificante alquería de Galilea, llamada Nazaret.

También la WIKIPEDIA, en su extensa página dedicada a Jesús de Nazaret desarrolla todo un capítulo mostrando su condición más humana y su origen natalicio, bajo el epígrafe: El hombre: (expone) «Según la opinión, hoy mayoritaria entre los estudiosos, su lugar de nacimiento fue la aldea galilea de Nazaret,…».

Un Jesús que siempre mostró su mensaje evangélico desde la virtud de la humildad. Quien escogió montarse sobre un borriquillo en su aclamada «Entrada en Jerusalén». Tal vez, la coherencia divina quiso situar su origen en la aldea más ignota de Galilea.

A este Jesús histórico por mucho que el celo dogmático y teológico pretenda situar su nacimiento en la ciudad davídica de Belén, nadie podrá poner en duda lo qué expresaron el mismo Jesús y la voz de pueblo judío manifestada en los cuatro Evangelios canónicos, esos conciudadanos que coexistieron en tiempo y espacio con aquel judío galileo, hijo de artesano, rabino y sanador al cual llamaron bajo el nombre de Jesús de Nazaret

y Jesús el Galileo. Un personaje histórico, transgresor y carismático, y que a pesar de las poquísimas e insustanciales referencias extrabíblicas tanto ha marcado el devenir del pensamiento y la espiritualidad del hombre.

Notas y bibliografía

[1] La supuesta Estrella de Belén también fue descrita de forma mucho más suntuosa y superlativa en el cap. XXI -Visita de los magos- del Protoevangelio de Santiago, un evangelio apócrifo tardío de la 2ª mitad del s. II. Es muy probable que Santiago utilizara como fuente el Evangelio de Mateo, puesto que los capítulos XXI -Visita de los magos- y XXII -Furor de Herodes-, mantienen bastante similitud en la estructura narrativa. Con la excepción de que el capítulo XXII no relata la "Huida a Egipto" de la sagrada familia.

[2] Brown, Raymond E. *El nacimiento del Mesías*, -Comentario a los relatos de la infancia- (*The birth of the Messiah*, N.Y. 1979). Madrid, Ed. Ediciones cristiandad, 1982.

[3] La evidencia de que es la misma autoria, la del Evangelio de Lucas y la de *Hechos de los Apóstoles* queda bien manifiesta comparando sus versículos iniciales, Lc 1, 1,4 y Hch 1, 1. Donde el autor expresa, en *Hechos* 1, 1, que retoma la continuación de su primer libro o tratado evangélico.

[4] La fuente "Q", o Evangelio "Q", es un hipotético compendio sobre textos antiguos basados en la tradición oral de la Iglesia Primitiva que contendría dichos y citas de Jesús. La hipótesis de la fuente "Q" fue formulada en 1900. Más tarde, B. H. Streeter reformuló una visión más amplia y aceptada de "Q", concluyendo que debió ser un documento escrito (no una tradición oral) y redactado en griego, que prácticamente todo su contenido aparece en Mateo y en Lucas, y que Lucas fidelizaría con mayor frecuencia y exactitud el orden original del texto "Q", que lo hace Mateo.

[5] Tras la destitución y destierro del etnarca Arquelao el año 6 d.C., Judea perdió su *status quo* judío y quedó bajo la completa jurisdicción romana, siendo llamada provincia romana de Judea tras fusionarse con Samaria e Idumea. Fue en ese año, donde: «por aquellos días, se promulgó un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Este primer censo fue hecho siendo Quirino gobernador de Siria» (Lc 2, 1-2).